

SECRETOS DEL PASADO

Seudónimo: STARDUST.

1 de agosto

Una fachada herida por el tiempo, una verja oxidada y una puerta que chirría, así es la casa que has encontrado tras más de veinte años de ausencia.

Cansancio y calor. Has deshecho la maleta después del viaje y, mientras lo hacías, has descubierto los colores vivos de tu infancia. Desentonaban en la antigua habitación de paredes desnudas y muebles severos. Parece que todo sigue igual, pero no es cierto. El aire es más espeso y la casa más vieja. Las ventanas estaban atascadas después de tanto tiempo sin abrirlas y los visillos han adquirido el color indefinido del olvido. En las paredes se ha quedado pegada la humedad y ha dibujado en ellas un mapa de grandes desconchones. Al abrir el armario ropero te has encontrado con tu imagen desdibujada en una esquina -allí donde el azogue se ha perdido- y te has asustado. También por ella ha transcurrido el tiempo y se ha quedado colgado en la mirada. El armario huele a sueños teñidos de nostalgia, a pasado imperfecto, a verdades a medias. Has metido la ropa de cualquier manera y te has tumbado en la cama. Sólo se oye el ruido del calor que, aunque nadie lo note, suena. Igual que suenan las tardes de la infancia en el cerebro, los amigos, el río Duero, el paseo en bicicleta hasta Peña Magdalena y la vida sin límite de los veranos en el pueblo.

2 de agosto

Esta mañana temprano ha llegado Florencia, la antigua criada familiar que todavía vive en el pueblo. Ya te costó reconocer su voz cuando la llamaste para avisarle de tu llegada, pero hoy no has reconocido su rostro. Sus ojos te esquivaban y el cascabel que era su sonrisa ahora ha enmudecido. Te ha dado el pésame y, al hacerlo, una lágrima solitaria se ha deslizado por los surcos de sus arrugas. Es tan cruel el tiempo. Ha traído comida y pan tierno y durante toda la mañana se ha afanado cocinando para ti y quitando el polvo y el abandono de los muebles.

Cuando se ha ido, has intentado leer, pero no has podido. La casa te llamaba como un viejo fantasma conocido y la has recorrido suavemente, como lo hacías con la piel materna con olor a lavanda. Aquellas manos que acariciabas y que un día nefasto se fueron. Las habitaciones dormidas se han ido despertando a tu paso. Es más ronco el ruido del reloj, que sigue funcionando -quién sabe si cuidado por Florencia- como si él también hubiese envejecido. Sólo las fotos permanecen igual. En ellas se ha detenido la existencia y mirándolas parece que tu abuela siempre llevó el mismo vestido. También tu madre, tus tíos y tus primos se han quedado parados en el tiempo encima del trincherero y, en esta casa, no envejecerán nunca.

7 de julio

"Es otra recaída" ha dicho el médico, pero no te lo crees. El rostro de tu padre está lleno de aristas que antes no tenía. No le reconoces enfundado en ese triste pijama de enfermo, él que siempre vestía con los trajes más caros. El hospital es una caja vacía que no te cuenta nada. Lo mismo que el doctor. Has esperado mucho y ahora te arrepientes. Quieres saber, saber de una vez por todas qué fue lo que pasó y el rostro cerúleo de tu padre te asusta. Duerme, o está inconsciente, o aletargado, o se ha desconectado de este mundo y temes que no quiera volver a él, pero tú lo necesitas. Necesitas que te abra su corazón y que te explique qué pasó con tu madre, por qué huyó, por qué no te dejó ni una maldita nota, por qué no volvió nunca, por qué este silencio sepulcral que dura tanto y que te asfixia.

3 de agosto

Ya no se mueve el río. Se ha quedado parado y teñido de gris. Como el pasado. Tumbado en la alameda has tenido la sensación de que te paseabas por un cuadro. Todo estaba tan quieto que parecía muerto. Has buscado en el agua la frialdad de antaño y no la has hallado. El agua estaba espesa y pegajosa. La presa se ha resquebrajado y ya no

te da miedo. El cadáver de Néstor -doce inocentes años flotando a la deriva- queda ya tan lejano que casi se pierde en el olvido. ¿Dónde está la angustia que sentiste al perder a tu mejor amigo?, ¿dónde el llanto y dónde aquella rabia amarga que se quedó pegada entre tus tripas tantos años? Así será con el pasado. Un día despertarás y será tan sólo un sueño que ya no te hará daño.

El molino de los Ojos ya no existe como tú le conociste, ni tampoco la casona abandonada donde jugabas en tu infancia, sólo queda, emergiendo entre los juncos, su esqueleto. Te has metido en su osamenta y has subido, entre cascotes, a la parte de arriba. A través de sus cuencas vacías has observado un paisaje remoto que, cuando eras niño, no existía. No es buena idea ver el mundo a través de los ojos de un muerto, aunque sea de piedra.

4 de agosto

Has querido reencontrarte con la casa y con el pueblo antes de comenzar. No sabes qué buscas, ni por dónde empezar. ¿La iglesia románica de San Miguel?, ¿el castillo de Gormaz?, ¿la muralla con su torreón?, o quizás un paseo hasta Peña Magdalena. El pasado es una losa sepulcral que aplasta y desfigura. Quizás ha sido la muerte de tu padre la que te ha devuelto sin remedio a la infancia, cuando tu madre se fue. Nunca pudiste entenderlo. Nadie te explicó nada y en la casa era un tema prohibido. Con los años olvidaste preguntar o te dio miedo.

8 de julio

El reloj es el enemigo mortal de la impaciencia. Llevas dos días sentado a los pies de la cama de tu padre en el sillón gastado por el uso y las penas, por la espera y el insomnio. Él parece dormido y de su cuerpo desnudo salen cables que le conectan a un monitor con una pantalla verde. Sobre ella se van trazando líneas quebradas e inconexas. Desde cuatro botellas invertidas parten tubos que van a morir a sus brazos. Te acercas a

él y le coges la mano. Esta fría, tremendamente fría, pero al sentir tu contacto abre los ojos y, al verte, su mirada se ilumina con un breve relámpago de entendimiento. "Tenemos que hablar" te dice y sus palabras te sobrecogen porque le cuesta un trabajo tremendo pronunciarlas, porque son roncacas como si salieran del último rincón de su memoria, porque son nuevas y te asusta que haya llegado el momento de conocerlas.

5 de agosto

Son tantos los que han fallecido que apenas te atreves a preguntar por los ausentes. El pueblo se ha quedado ya medio vacío de caras conocidas. Florencia viene pronto, prepara la comida, limpia y apenas habla. No pregunta el porqué de tu regreso, pero detectas en sus ojos una sombra de inquietud que no sabes cómo explicarte.

El calor se ha quedado pegado a las paredes y acecha desde ellas durante todo el día. Sudas y quieres pensar que, en cada gota, te vas vaciando de amargura.

En la mañana, el río Duero, el agua espesa, y en la tarde, el calor y la añoranza. Ahoga más que el agua. Tus amigos de antaño apenas te han reconocido. Sus ojos raspan la piel, su aspecto la memoria. No saben cómo tratarte y te ha dolido. Como empieza a dolerte el pasado dormido y olvidado que estás a punto de recuperar.

9 de julio

"¿Quién sabe cuántas veces en la vida llegamos tarde a todo?", has pensado con tristeza. Ahora que, por fin, tu padre quería hablar, se ha quedado mudo para siempre. Sólo ha podido pronunciar una frase confusa desde la consciencia: "...hay una carta en la casa del pueblo..." y luego el silencio, la voz enmudecida, la ausencia y el adiós. No ha dado tiempo a nada más. Ni siquiera a la despedida.

Se ha ido como vivió siempre, en silencio. Un silencio pesado y absorbente que lo envolvía todo. Secretos del pasado.

6 de agosto

Las chicharras te aturden No dejan de cantar, sobre todo a la hora de la siesta. No duermen. Cantan y cantan sin cesar, no tienen penas. Entornas los ojos y tratas de no oírlas. La habitación se puebla de fantasmas. Aparece tu madre como aquel día en que salió a la ciudad y no volvió. Aún recuerdas su beso de despedida. Debiste haberte dado cuenta de que no era un beso como siempre. Te apretaba contra su pecho y parecía que no podía soltarte. La memoria es un frasco hermético que guarda los recuerdos a conciencia. Sólo ahora, después de tantos años, has recordado que llegó a hacerte daño con su abrazo. Sólo ahora comprendes por qué nunca más regresasteis al pueblo.

Las siestas no dormidas también se asoman por los rincones de la alcoba. Han pasado muchos años para mirar atrás. Se resiente la casa, el pueblo y aquellos veranos familiares. Porque hace calor, sabes que es verano, pero no huele a él, no suena a él, no tiene el color tibio de las vacaciones de tu infancia.

Esta tarde una pesada mosca se golpeaba una y otra vez contra el cristal de la ventana. Zumbaba sin cesar en su ciega persistencia. Insistía en su afán de encontrar la libertad sin darse cuenta de-que- estaba prisionera. Agotada, se ha dejado caer contra el marco y allí ha permanecido aturdida largo rato, apenas sin moverse, para reanudar su desigual lucha más tarde. Tú tampoco ves el cristal que te encierra y, como ella, insistes en pasar a través de él. Tienes que romperlo y atravesarlo, cruzar de una vez a tu pasado y buscar las respuestas aunque sea en una carta que no sabes dónde está ni qué contiene.

7 de agosto

Florencia te ha encontrado esta mañana en el desván. Tú no te has dado cuenta, pero su cara se ha quedado pálida y sus ojos vacíos. "¿Qué busca señorito?" - te ha preguntado. "Una carta", le has contestado. Y ella ha disimulado tan bien su turbación que

no has advertido el temblor de su barbilla, ése que tanto te llamaba la atención cuando eras niño y que siempre aparecía en presencia de tu madre.

El secreto que guarda Florencia es parte del que buscas, pero no puedes saberlo. Tú eras sólo un niño y los niños no entienden de traiciones, ni de engaños, ni de alcobas vacías, ni de besos robados, ni de lágrimas turbias, ni de sexo, ni de cartas que no fueron leídas.

Te ha dejado solo trasteando en el desván y se ha marchado en silencio. No buscas tan sólo una carta buscas también tu infancia, la paz de los días que no acababan nunca, los sueños de entonces. Por el pequeño tragaluz del techo se asoma un cielo sin costuras que ilumina, a duras penas, tu pasado. El baúl de la tatarabuela está todavía en el mismo rincón de entonces y no has querido abrirlo. No sabes qué clase de fantasmas podrían esconderse dentro. Sí has buscado tu vieja caja de madera. Allí guardaste las cosas del último verano. Todo está cubierto de polvo y de abandono. El polvo lo has limpiado con la mano, el abandono se ha incrustado de tal modo en los objetos que no puede extraerse de ellos. La has encontrado más tarde, después de revolver los recuerdos dispersos por el suelo. Las letras rojas que dejaste marcadas casi no se ven: "ES A CAJA PERTEN CE A JU IO PRO IBID ABR RLA" ¿Quién querría robar los secretos de un niño? Usaste clavos exageradamente largos y te ha llevado un buen rato levantar la tapa. Te lo has encontrado todo fragmentado. Algún ratón se ha comido tu diario infantil y la memoria la mayor parte de los recuerdos. La tinta roja que utilizabas no era más que un trazo color sepia. Se ha desvaído todo y ya casi no te queda nada. Te temblaban las manos al cogerlo. "Hoy he besado a Claudia, hubiera sido el día más feliz de mi vida si mamá no nos hubiera abandonado". No has podido seguir con la lectura, te raspaba por dentro. Has recordado la dura negativa de tu padre cuando le rogaste que la buscase, que la buscase por todas partes y que la trajese de regreso a casa. Su mirada, como un témpano de hielo, se clavó en tu tristeza y de sus labios rígidos salió la única frase que aún te golpea como si hubiera sido pronunciada ayer: "nos ha abandonado". No te

permitieron más preguntas. Doce años entonces, ahora más de cuarenta. Un adiós que atormenta como un ruido perpetuo en el cerebro, como la gota del grifo que no cierra y, a fuerza de fluir con agotadora persistencia, desgasta la superficie más robusta. Te has sentado en el suelo, sobre las tablas debilitadas por los años y la carcoma, que han crujido igual que los recuerdos. El tragaluz ¡qué nombre! ilumina sólo una esquina quebrada, como los sueños de tu niñez.

8 de agosto

Llueve y el calor se evapora entre los muros. Una lluvia copiosa, inquieta, trepidante. Diferente de aquella cansina y silenciosa que caía cuando se fue tu madre. No se llevó el paraguas y, durante la noche, te atormentabas imaginándola mojada y tiritando. A dónde iría. ¿Por qué no volvió nunca?

Quizás haya sido la lluvia la culpable de que se despertara su recuerdo. Has preguntado a Florencia y se ha callado. Como se calló entonces. Y, como estás ausente, de nuevo te ha pasado desapercibido el temblor de su barbilla y sus ojos esquivos y su salida apresurada de la habitación y del pasado.

El jardín, que ya no es ni jardín, se ha inundado de lluvia y de tristeza. Estás confuso. Confuso y asustado. Quieres saber, pero dilatas el momento de ir al encuentro M adiós materno. Eres adulto y posiblemente comprenderás, pero haces tiempo para encontrar al tiempo y situarte en el mejor lugar para entenderlo.

9 de agosto

Otra vez el desván, el baúl, las cartas, el taciturno tragaluz, la torpe esquina, los muebles desechados, los juguetes rotos, los libros carcomidos por el polvo, los espejos vacíos, el olor a pasado, la melancolía.

Ha sido una intuición. Sabías que el baúl de la abuela hoy te llamaba. Te ha costado romper su cerradura, como si el secreto que escondía quisiera continuar oculto.

Un mundo de nostalgia se ha abierto ante tus ojos: telas, ropas ajadas por los años y el descuido, flores muertas, retratos color sepia, imágenes veladas y cartas, muchas cartas, del abuelo a la abuela, de los tíos, de los primos, incluso alguna tuya con las letras torcidas e inestables. Y entre ellas, una que aún estaba sin abrir y que iba dirigida a ti. Te ha temblado la mano al cogerla. A pesar de estar borrosa, enseguida has reconocido la caligrafía limpia y elegante de tu madre, una mujer discreta y refinada demasiado enamorada de su marido. La has oído, pero huele, como el resto de la casa, a pasado imperfecto, a verdades a medias.

Florencia te encuentra aquí de nuevo. Trae entrecortada la respiración e inquieta la mirada. Al descubrirte con la carta en la mano el temblor de su barbilla se ha acentuado. No ha leído la carta que sostienes pero sabe que, cuando la abras, abrirás también el tarro de las cosas feas y sucias de la vida: la infidelidad, el engaño, la traición y la mentira repetida a lo largo del tiempo para disfrazar de abandono un dramático suicidio. Ella es parte de todo y está asustada, pero piensa que ya es hora de que recuperes el pasado, de que tu madre deje de vigilarla desde el rincón de la finca donde fue clandestinamente enterrada y de que ella lave, en parte, su culpa.

10 de agosto

Cuando cierras con llave la vivienda, los muebles, cubiertos por sábanas, parecen fantasmas. Quizá quieran seguir conservando la casa y los secretos como estaban.

Tras treinta años esperando has descubierto que el ayer, a veces, es un baúl repleto de silencio; una carta con la tinta corrida por la humedad y el tiempo que no cuenta nada; un secreto del pasado guardado en un bolsillo con las letras borradas.